

Hacia una conciencia de la diferencia desde el contexto de las universidades. Procesos decoloniales e interculturales en América Latina

Towards an awareness of difference from the context of universities. Decolonial and intercultural processes in Latin America

PP: 22-28

Arámbulo A, Angélica Mariaelena

Universidad Nacional Experimental

Rafael María Baralt

angelicaarambulo@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-3848-6651>

RESUMEN

Los referentes educativos actuales de la sociedad del poder, mediatizada, dependiente de la tecnología y masificadora del conocimiento colonial impuesto, evidencian la crisis de valores que se manifiesta en la cotidianidad del convivir educativo, con referentes tan excluyentes y catalizadores de la violencia como el bullying o acoso escolar, ataques armados en las escuelas y universidades, escenas de riñas escolares y muerte. Es necesaria y urgente la creación de una conciencia de la diferencia que permita romper con los esquemas individualistas y reproductores de la violencia que están presentes en la educación actual. Concientizar la diferencia es abrazar la interculturalidad en la educación, es propiciar nuevas subjetividades educativas que nos acerquen al otro, que nos permitan reconocernos en lo particular y diverso. Son la educación y las Universidades en sus praxis interculturales y decoloniales, caminos hacia el encuentro de esa sociedad más humana, justa, liberadora y de paz.

Palabras clave: Diferencia, Interculturalidad, Decolonialidad

ABSTRACT

The current educational references of the society of power, mediated, dependent on technology and massifying imposed colonial knowledge, show the crisis of values that is manifested in the daily life of educational coexistence, with references as exclusive and catalysts of violence as bullying, or bullying, armed attacks on schools and universities, scenes of school fights and death. It is necessary and urgent to create an awareness of the difference that allows breaking with the individualistic and reproducing schemes of violence that are present in current education. Raising awareness of difference is embracing interculturality in education, it is promoting new educational subjectivities that bring us closer to the other, that allow us to recognize ourselves in the particular and diverse. They are education and Universities in their intercultural and decolonial praxis, paths towards the encounter of that more humane, just, liberating and peaceful society.

Keywords: Difference, Interculturality, Decoloniality

* Docente/Investigadora de la Universidad Nacional Rafael María Baralt. Licenciada en Educación Ciencias Sociales: Mención Historia; Universidad del Zulia (LUZ), Universidad del Zulia, MSC en Historia de Venezuela; Universidad del Zulia (LUZ). Doctorante Doctorado en Educación; Universidad Nacional Experimental Rafael María Baralt (UNERMB).

La conciencia de la diferencia. Referentes interculturales/decoloniales

Al abordar las lecturas, miradas, discusiones y discursivas en torno a categorías y enunciados planteados sobre la decolonialidad e interculturalidad, surgen problemas, interrogantes, temas de estudio, de debates prolijos; que pudieran concretarse más adelante, en función de aportar a la propuesta decolonial desde las diferentes visiones de encuentro que han aflorado en cuanto a este tema y que dan luces de la necesaria transdisciplinariedad. Que a mí entender no es más que el reconocimiento de las diferencias dentro de un todo; algo muy similar a lo que debe lograrse en relación a nuestras culturas desde la interculturalidad.

La interculturalidad entendida no como una discursiva sino como una praxis que rompe esquemas mentales y representaciones impuestas desde la colonialidad del poder, del ser, del saber; que visibiliza esas otras subjetividades, enunciaciones, imaginarios, no desde un proceso homogeneizador sino más bien desde la permanente confluencia de lo heterogéneo, de lo diverso, de lo silenciado, de lo invisibilizado, que desde la resistencia crea una conciencia de la diferencia, una conciencia decolonial

Me hago esta pregunta ¿La decolonialidad es Interculturalidad? Antes, habría respondido negativamente a dicho cuestionamiento. Las lecturas y debates me han planteado nuevas visiones, nuevas interpretaciones, nuevas disertaciones en torno a categorías que han estado presentes en investigaciones a lo largo de mi preparación académica: Modernidad, nación, otredad, alteridad, colonialidad, cultura, ciudadanía, inclusión, exclusión; pero que hasta ahora había pensado e interpretado desde esos esquemas coloniales impuestos.

Afirmo ahora que sí, que para lograr decolonizar los imaginarios, las representaciones y las praxis de los pueblos latinoamericanos, debemos partir de concientizar la diferencia a través de la interculturalidad. Esa interculturalidad que nos permita acercarnos al otro, reconocernos y entendernos como pueblos heterogéneos, imaginar otros conceptos y nociones de lo qué es y representa la nación para dicha diversidad, que ha permanecido invisibilizada, silenciada, excluida, desde ese modelo homogeneizador de Estado-nación impuesto como fórmula política de la modernidad occidental.

Para Walsh (2006:35-36) "...la interculturalidad y la decolonialidad deben ser entendidas como procesos enlazados en una lucha continua. Una lucha dirigida a enfrentar y desestabilizar las construcciones e imaginarios de nación y de América "Latina" concebidos por las elites locales, la academia y el occidente, y a hacer construcciones e imaginarios distintos..."

Pero esta lucha que plantea Walsh, no es una lucha de tintero y papel. No sólo debe ser una lucha teórica, en la que se planteen nuevos constructos o referentes en torno a la nación y sus representaciones; debe ser una praxis que confronte dichos modelos teóricos con las dinámicas sociales cotidianas que reproducen esa diferencia.

Dinámicas sociales que evidencian la resistencia de ese todo heterogéneo a acallarse ante el modelo homogeneizador que se le ha impuesto. Las voces de esa resistencia se manifiestan en las culturas locales, en los saberes populares, en la oralidad, en la huella, en la memoria colectiva de esa otredad (llámense aborígenes, afrodescendientes, mestizos, marginales, subalternos, sin poder, los de abajo, etc.)

Esa confrontación de los referentes teóricos con la praxis, debe partir como bien lo plantea Rivera Cusicanqui (2010), de la descolonización de las estructuras mentales, para desechar viejas prácticas excluyentes y discriminantes. Una descolonización, que según la autora, plantee un proyecto inclusivo "la patria para todos" frente al proyecto colonizador etnocéntrico. Para Rivera Cusicanqui (2010:7) "No puede haber un discurso de la descolonización, una teoría de la decolonización, sin una práctica descolonizadora"

La existencia de un dialogo entre los saberes teóricos y los saberes cotidianos que emergen de las dinámicas sociales, permitirá establecer una conciencia de la diferencia; es decir, que los colectivos populares latinoamericanos sean capaces de comprenderse, visibilizarse, reconocerse como parte de un proyecto de nación heterogéneo, así como de accionar los mecanismos de resistencia y de cambios al statu Quo que el aparato hegemónico occidentalizado ha pretendido instaurar a través de la homogeneización de la ciudadanía y la nación, representada en la imposición de una única cultura, una única lengua, una única religión, una única historia, como garantía para su funcionamiento y permanencia en el tiempo.

Como bien lo plantea Rufer (2012: 11) "Podríamos acordar que políticamente el Estado-Nación está en crisis como interpelación de homogeneidad..." Pero ¿Cómo construir una concepción de nación desde la diferencia, desde la heterogeneidad, desde el reconocimiento de la alteridad? ¿Qué mecanismos de inclusión y participación contraponemos al modelo elitista y excluyente de ciudadanía parcializada? ¿Cómo contrarrestar la imposición del Estado-Nación Moderno a las realidades/cotidianidades de los pueblos americanos a través de su modelo colonializante?

A mi entender la clave para la decolonización va de la mano de la interculturalidad, desde esa diversidad de miradas que hay confrontar, que hay que hacer encontrar, que hay que visibilizar desde

el poder, desde el ser y desde el saber. Sólo así estaremos encaminados a conceptualizar y debatir ¿Qué es la nación para el aborígen, el mestizo, el afro, el campesino, el marginal, el de abajo, ese que no ha tenido voz, el excluido? Podremos llegar al establecimiento de discursos y prácticas decolonizadoras arraigadas no sólo en saberes académicos – científicos, sino en los saberes populares, entablando un verdadero diálogo entre ellos. Y conseguiremos configurar representaciones del Estado-Nación desde las diferentes miradas que confluyen en Nuestra América, tanto en su dimensión política (representada en el Estado) como en su Dimensión Social (a través de los usos y prácticas de la nación desde las dinámicas de las sociedades que la integran).

Ejemplos claros en Nuestra América, de los cambios en las representaciones de la nación, tanto en su dimensión política como social, los tenemos en Bolivia y Venezuela, tras la irrupción al poder de colectivos de poder emergentes. Refiriéndome específicamente a Venezuela, como ciudadana venezolana, puedo decir que antes de la llegada de Hugo Chávez al poder los referentes de Nación que el venezolano promedio tenía, eran excluyentes y elitistas. A través de un proceso constituyente se refundan esos referentes, se les da un nuevo significado, una orientación hacia el reconocimiento de la diversidad, hacia la inclusión, a través de mecanismos de participación protagónica de los sin voz, de los marginales, de esos que habían sido siempre los excluidos. Y es eso lo que ha generado la resistencia al modelo por parte de las elites tradicionales desplazadas del poder y de sus privilegios.

El preámbulo de la Constitución Bolivariana de Venezuela (1999), sustenta claramente ese nuevo referente de nación establecido en Venezuela, que reconoce y visibiliza la heterogeneidad y el poder originario del pueblo de Venezuela para decretar dicha Constitución

“...en ejercicio de sus poderes creadores e invocando la protección de Dios, el ejemplo histórico de nuestro Libertador Simón Bolívar y el heroísmo y sacrificio de nuestros antepasados aborígenes y de los precursores y forjadores de una patria libre y soberana; con el fin supremo de refundar la República para establecer una sociedad democrática, participativa y protagónica, multiétnica y pluricultural en un Estado de justicia, federal y descentralizado, que consolide los valores de la libertad, la independencia, la paz, la solidaridad, el bien común, la integridad territorial, la convivencia y el imperio de la ley para esta y las futuras generaciones; asegure el derecho a la vida, al trabajo, a la cultura, a la educación, a la justicia social y a la igualdad sin discriminación ni subordinación alguna; promueva la cooperación pacífica entre las naciones e impulse y consolide la integración latinoamericana de acuerdo con el principio de no intervención y autodeterminación de los pueblos, la garantía universal e indivisible de los derechos humanos, la democratización de la sociedad internacional, el desarme nuclear, el equilibrio ecológico y los bienes jurídicos ambientales como patrimonio común e irrenunciable de la humanidad; en ejer-

cicio de su poder originario representado por la Asamblea Nacional Constituyente mediante el voto libre y en referendo democrático...”

En Latinoamérica, a medida que seamos capaces de reconocernos como pueblos diversos, heterogéneos, de encontrarnos e identificarnos como parte de un todo, en esa medida lograremos una conciencia de la diferencia que nos permita concretar proyectos de nación más incluyentes, más humanos, más propios de nuestros pueblos, de nuestros sentires y saberes.

Actualmente los colectivos de poder emergentes se empiezan a visibilizar en Colombia, Chile, Argentina, Brasil y otros pueblos de Nuestra América, como respuesta a esa conciencia de la diferencia, la cual se fundamenta en las discursivas y praxis interculturales y decoloniales.

Las praxis educativas en la construcción de una conciencia de la diferencia desde lo ético/político

La sociedad latinoamericana, actual en la que vivimos es el resultado histórico de patrones de dominación que han sido impuestos y que para lograr desmontar urge la implosión de nuevas subjetividades con referentes ético-políticos bien definidos. Pero para enmarcar o caracterizar los elementos constitutivos de esas nuevas subjetividades, habría que disertar primero sobre qué es lo ético y qué es la política

La Ética es definida filosóficamente como un modelo de comportamiento humano vinculado a la moral. La palabra ética proviene del latín *ethicus*, y este del griego antiguo *ἠθικός* (*êthicos*), derivada de *êthos*, que significa ‘carácter’ o ‘perteneciente al carácter’. En sí la ética representa una rama filosófica que se centra en el estudio del bien y el mal en las acciones humanas.

La Política, a su vez, es definida como la ciencia relacionada al gobierno de un Estado. La palabra Política proviene del latín *politicus* y ésta del griego antiguo *πολιτικός* ‘civil, relativo al ordenamiento de la ciudad o los asuntos del ciudadano’. Las connotaciones que tiene este término son diversas pero coinciden en la idea que vincula a la política con el ejercicio del poder y a la participación en búsqueda del bien común en la sociedad.

Las nuevas subjetividades que urgen en la sociedad latinoamericana actual, precisamente deben enraizarse en esos dos elementos primordiales dentro de sus prácticas cotidianas, la ética y la política, vistas como las orientadoras en la búsqueda del bien común. En esta tarea, el papel a desempeñar por la educación es primordial y las universidades están llamadas como principales instituciones educativas a cumplir ética y políticamente con la función de impulsar una profunda transformación social; para lo cual debe primero transformarse en

lo interno, partiendo de una praxis renovadora de sus valores que la aperturen a la búsqueda de la verdad como misión permanente de la universidad y a un debate abierto que propicie la participación y el diálogo como parte esencial del ejercicio ciudadano.

Sólo así es posible una universidad nueva, basada en nuevos paradigmas educativos, que propicien una educación popular liberadora y democrática. Una universidad próxima a las demandas de su sociedad, con una visión de futuro basada en la utopía, la creatividad y la innovación. Una universidad enraizada en la cultura del pueblo, en el saber cotidiano no sólo en el científico, en la cual la calidad sea medida por los valores, por la ética y por la participación.

Pero lograr la transformación de las subjetividades impuestas no es tarea fácil, si partimos del hecho de que la propia universidad como institución, ha representado y es producto de las relaciones de dominación impuestas por la cultura europea occidental hegemónica que tras el proceso de conquista y colonización de América se impuso al mundo moderno junto al sistema económico capitalista, logrando configurar un nuevo patrón de poder y una nueva intersubjetividad mundial, basada en el eurocentrismo que representa al racismo institucionalizado en las ideas de raza y superioridad, mecanismos de legitimación de la dominación.

Una dominación que ejecutó la expropiación y represión de la subjetividad y saberes de los dominados, llámense mestizos, negros, indios, nuevos términos creados para referirse al otro desde esa visión etnocentrista europea que se auto connota racialmente como "blanco", "superior", "racional", "civilizado", "moderno", en relación a esos otros categorizados como "inferiores", "irracionales", "salvajes", "primitivos"; es decir una serie de categorías basadas en el evolucionismo – dualismo, que configuran y representan aún la colonialidad del poder que comenzó a formarse tras la irrupción en América del mundo europeo.

Esa colonialidad del poder pervive en nuestras subjetividades y hace latente y urgente la necesidad de repensarlas, de crear unas nuevas, que permitan el empoderamiento de nuestros propios saberes, de nuestras propias culturas, de nuestras identidades y que conlleven al uso de nuestros recursos (entre ellos el petróleo) soberanamente, para potenciar el desarrollo social, pero no como prebenda de un grupo privilegiado sino de la mayoría, del pueblo como tal.

Lograr dicha descolonización ya no política, sino ética, requiere de un proceso de transformación que necesariamente es educativo, percibiendo a la educación como un derecho universal, no como un servicio mercantilizado. Es necesaria una educación emancipadora que forme la conciencia crítica

de sus ciudadanos, una educación para la sustentabilidad que respete los derechos de nuestra madre tierra, para la participación, para la paz, para la justicia social, para la diversidad cultural y de género, para la solidaridad, para la convivencia, para el bien vivir, que cree una conciencia planetaria de igualdad y respeto.

La universidad desde sus distintos escenarios debe ser la pionera en la construcción de una conciencia de la diferencia, formando profesionales innovadores, con compromiso social, sirviendo con su praxis educativa a los intereses de la mayoría, abriendo canales que acerquen el conocimiento al pueblo y creen una nueva mentalidad, en donde esos referentes que responden a la colonialidad del poder no tengan cabida y sean superados por una nueva ética y política cercana a la dimensión humanista de la educación.

Por ende los docentes universitarios desde nuestras praxis educativas debemos fundamentar los elementos constitutivos y formadores de una nueva subjetividad universitaria, una cultura universitaria que promueva el reconocimiento de la diferencia

La cultura Universitaria y las praxis educativas desde la diferencia

Al hablar de cultura universitaria en Venezuela, se debe considerar un antes y un después en el transcurso del proceso de refundación y transformación vivido en el estado y la sociedad venezolana. Una refundación que inicia en 1999 con la Asamblea Constituyente, la cual provee a la República de un nuevo cuerpo legal, la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (CRBV) aprobada en 1999, direccionando las políticas de estado hacia el logro de una nueva forma de ejercicio ciudadano y participación política.

En miras de concretar ese nuevo modelo ciudadano que responda a las necesidades del país y que ayude a su desarrollo como nación independiente se ha impulsado con gran énfasis la transformación educativa en todos los niveles. En el caso de las universidades dicho proceso transformador ha encontrado gran resistencia, generando choques entre una cultura universitaria anclada en el modelo hegemónico occidental para la dominación, que ha convertido a las universidades en simples transmisoras de conocimientos que legitiman dicha dominación y una cultura universitaria decolonizadora, centrada en romper con la concepción elitista de la universidad, en colocar el conocimiento científico, tecnológico y humanístico al servicio del desarrollo del país y su sociedad, buscando responder a sus necesidades a través del trabajo socio productivo y comunitario.

Las universidades desde sus praxis educativas deben formar profesionales con una ética y voca-

ción enmarcada en los valores del trabajo, igualdad, justicia, solidaridad y participación ciudadana, por lo que el docente universitario debe ser el eje integrador en la redefinición de una nueva cultura universitaria al servicio del país a través de su praxis académica, guiada a promover nuevas lecturas y modos de pensar fuera de la racionalidad hegemónica institucionalizada de la universidad tradicional.

Una universidad tradicional que ha impuesto el pensamiento tecnocrático, caracterizado por el ahistoricismo, el formalismo y el cientifismo, limitando el desarrollo de la capacidad creadora, convirtiendo a los actores universitarios y a la propia universidad en mercaderes del conocimiento según la oferta y demanda del modelo hegemónico impuesto. Un modelo ofertista que relegó a la universidad al simple papel de enclave de transferencia científica, tecnológica y cultural, perpetuando la dependencia y los valores del capitalismo frente al consumo, el trabajo y la sociedad.

Al analizar la relación existente entre universidad, cultura y sociedad, entendemos que su fin primordial debe ser el logro de una educación humanística, integral y creadora, de una verdadera universalización del conocimiento y los saberes de la sociedad para la creación de nuevos referentes que permitan reconocernos desde las diferencias.

Las praxis educativas universitarias deben encaminarse en la búsqueda y concreción de una educación que responda a la construcción de un sistema económico humanizado, a la promoción del compromiso ciudadano y al logro de la pertinencia social, en una sociedad de pensamiento libre, crítico, reflexivo, diverso, creador, incluyente, solidario, en sintonía con las necesidades de su país y consciente de sus potencialidades para impulsar su desarrollo.

La transición de una cultura universitaria dependiente y alienada a una cultura universitaria liberadora, intercultural y decolonizada, requiere de la transformación curricular y su contextualización permanente, de la redefinición de los perfiles universitarios, de la sensibilización de su profesorado y de la aplicación de un modelo de universidad municipalizada que establezca nexos con las localidades para potenciar su desarrollo.

La pregunta a responder por nosotros el profesorado universitario de UNERMB, sería ¿Cómo a través de nuestras praxis educativas nos apegamos a los requerimientos de esa nueva cultura universitaria?

A pesar de la resistencia al cambio propiciada por la lógica de la cultura universitaria tradicional, la UNERMB, se ha convertido en un espacio en el cual se han aplicado las políticas de estado en relación a la transformación universitaria, ejemplo de ello es la contextualización y creación de nuevos

currículos y perfiles universitarios, con el diseño y aprobación de Proyectos Nacionales de Formación (PNF), que responden a las directrices emanadas en la constitución nacional vigente y en el Plan Simón Bolívar, tal es el caso del PNF en Ciencias Sociales, concebido bajo el enfoque integrador, constructivista, geohistórico y vinculado a valores humanistas para construir nuevas subjetividades. Así mismo en los últimos años se ha potenciado el servicio comunitario como la vía más idónea para que el alumno universitario y el profesorado socialicen sus conocimientos académicos con los saberes del pueblo, logrando su integración en pro del desarrollo local, cumpliendo con la municipalización de la educación.

Las actividades de investigación y extensión se han convertido en espacios que permiten la producción, difusión y aplicación de nuevos conocimientos en distintos ámbitos académicos, así como en las localidades, propiciando la construcción de una cultura universitaria crítica, reflexiva y humanizada.

En la medida que logremos a través de nuestras praxis educativas visiones de país y universidad compartidas, estaremos transitando hacia un nuevo modelo de educación universitaria desde la decolonialidad y la interculturalidad.

Reflexiones en torno a nuestras praxis educativas

Al plantearnos la reflexión de las praxis educativas desde nuestras vivencias y experiencias, debemos concientizar sobre los problemas imperantes en el sistema educativo desde su gestación. Más que un problema de forma es un problema de visión, de sentido, de concepción y de enfoque.

Partamos de la conceptualización del término educar, el cual deriva de la palabra griega *educere* "sacar de adentro". Es un término que de por sí determina un acto impositivo y arbitrario que muchas veces se hace con el uso de la fuerza y la violencia. Esa visión de "sacar", "arrancar", "quitar" al alumno sus conocimientos para imponer los nuestros, los que reproduce y sistematiza el sistema con su verdad imperante y única; a mi entender es la catalizadora del desencuentro que impera en la sociedad actual

En la medida que seamos capaces de entender la necesidad de cambio de concepción que demanda nuestra sociedad, seremos capaces reconocernos desde lo diferente y particular. Ese debe ser el propósito esencial de todo acto de aprendizaje, el encuentro del amor, del respeto, de la diversidad, de la libertad, del autodesarrollo, de la felicidad.

La educación (concebida como un todo: Estado, Escuela, Familia, Comunidad, Docente y Alumno) debe representar un acto de acompañamiento, de encuentro y de autodesarrollo. Entendiendo que el acompañamiento implica "estar o ir en compañía

de otro”, es ese el elemento esencial del proceso de aprender en el ser humano como ser social, aprender con la ayuda del otro y aprender mirando al otro.

El sistema imperante poco nos permite mirar-nos en la otredad, en la diversidad, no apreciamos lo que el otro tiene para darnos porque se nos ha impuesto la cultura de la competitividad, la cultura del 20 y el individualismo. Lo que ha propiciado el afloramiento de prácticas como el bullying, el sectarismo, el racismo y la violencia en los distintos niveles educativos. El mismo sistema es un reproductor de dichos problemas, pues ha impuesto una visión única, homogeneizadora, estandarizada, sectorizada y esquematizada de la educación.

Al concebir a la educación como un proceso de reconocimiento, estamos propiciando el encuentro, es decir estamos “hallando algo que buscamos” y en esa búsqueda precisamente nos autodesarrollamos “logramos nuestro propio crecimiento, nuestra transformación” como personas y como sociedad.

En mis reflexiones creo que la educación, la cual concibo como un proceso de acompañamiento, debe partir del Amor, practicarse con alegría, para lograr la aprehensión del aprendizaje. Es lo que denominaría la educación de las tres A; basada en la construcción de una subjetividad humanista en la cual se propicien valores como la fe, esperanza, respeto, tolerancia, libertad, fraternidad, misericordia, felicidad; que en sí forman parte de ese todo que es el amor

Pero ¿qué es el amor?, existen un sin fin de disertaciones sobre ello, para mí es un milagro, una fuerza interna, un don inherente a todos los seres vivos como creación de Dios, nace de la fe y se nutre de la alegría, del reconocimiento y la aceptación. Su más pura manifestación es el dar, el desprendimiento. Es una fuerza capaz de transformar y de crear. Por ello es y debe ser el sustento principal de la educación.

La primera tarea de la educación es propiciar el amor, el amor del individuo desde su conocimiento interno, el reconocimiento de su valor como ser humano, de su identidad, de su sentido existencial, de su ser. Sólo así será capaz de amarse a sí mismo y de dar ese amor a los demás.

La gran pregunta es ¿El sistema educativo imperante en la sociedad actual es un escenario idóneo para lograr esa tarea?, la respuesta es obvia: No. El modelo educativo imperante está desfasado de las características, cualidades y potencialidades de la actual sociedad mediatizada y abarrotada de información; por lo cual no responde a sus necesidades y demandas, convirtiendo a la educación en una jaula que no le permite autodesarrollarse y encontrarse consigo misma, en un sistema educativo anacrónico que fue creado para dar respuesta a una sociedad industrializada, con un modelo basado en

la producción, el consumo y la estandarización, una realidad que podemos percibir a diario en nuestras praxis docentes.

La educación, tal como es concebida por el sistema industrializador, responde a una cultura organizativa muy lineal, centrada en estándares, que reprimen los talentos y habilidades del estudiante y su capacidad de crear. Coincidentemente Simón Rodríguez ya lo afirmaba, estando en el contexto mismo de plena emergencia de esa sociedad industrial. En la época de las revoluciones, a finales del siglo XVIII e inicios del siglo XIX. Revoluciones de índole social (Revolución Francesa), de índole cultural e intelectual (Ilustración), de índole tecnológica (Revolución Industrial) y de índole innovadora (con grandes invenciones como la imprenta, la brújula, el telescopio, etc.); las cuales de algún modo incidieron grandemente en la educación y su concepción actual.

Simón Rodríguez, ciudadano, pedagogo, intelectual, pero sobre todo maestro, en esa época de cambios, resaltó la importancia de propiciar una educación para la invención, para la creación, planteando que “Educar es crear Voluntades, Educar es crear inquietudes”. En sí su célebre frase “O inventamos o erramos”, encierra el sentido mismo del proceso de aprender. También urgía la necesidad de problematizar el aprendizaje al expresar que “La falta de PORQUE SOCIALES, ha tenido en todos tiempos y lugares, tiene actualmente y tendrá siempre, a los hombres en REBAÑO” (O.C.II, 423), (Citado por Briceño Porras, 1991: 69). Simón Rodríguez es el maestro que pregona el aprendizaje desde el hacer y desde la convivencia, resaltando el carácter popular y social de la educación.

Es esa educación del ser, del hacer, del convivir, la que esta sociedad dependiente, mediatizada y violenta demanda. Una educación que se convierta en un espacio de acompañamiento y de encuentro, que rompa con el academicismo industrial, con la división y clasificación del conocimiento, que fomente una educación personalizada, capaz de potenciar el desarrollo de cada individuo, estimular su creatividad, sus talentos y capacidades innatas, desde sus propias vivencias, desde su libertad, desde la conciencia de la diferencia.

Referencias Bibliográficas

CASTRO-Gómez Santiago y Ramón Grosfoguel. (Compiladores). El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global. Bogotá: Siglo del Hombre Editores; Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar. 2007.

Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (1999). Caracas- República Bolivariana de Venezuela

BONILLA – Molina, Luis (2011) (Compilador). Viceministro de Planificación Estratégica Ministerio del Poder Popular para la Educación Universitaria. Colección por la

Transformación Universitaria. Caracas. República Bolivariana de Venezuela

BRICEÑO Porras, Guillermo. (1999.). El Extraordinario Simón Rodríguez. Caracas. Fondo Editorial IPASME

ARTURO, José. (Enero 2015). Cultura Universitaria y Cultura Política en Venezuela. Encuentros y Desencuentros. Revista Ágora de heterodoxias. Año 1. N°1. Pág. 56-69. Universidad Centro- Occidental "Lisandro Alvarado". Barquisimeto - Venezuela.

FREIRE, Paulo. (1985). La Naturaleza Política de la Educación. Cultura, poder y liberación. Barcelona. España. Ediciones Paidós

Ley Orgánica de Educación. Asamblea Nacional. (2009). Caracas- República Bolivariana de Venezuela

PÉREZ, Esclarín. (2014). Aprender a vivir con pasión y compasión. Caracas. Librerías San Pablo.

PÉREZ Esclarín. (2016). Inteligencia Espiritual. Caracas. Librerías San Pablo.

RODRÍGUEZ Bonito, Manuel. (1999). Necesidad del cambio organizacional en la educación venezolana. En: El Extraordinario Simón Rodríguez. Caracas. Fondo Editorial IPASME.

RIVERA Cusicanqui, Silvia. 2010. Chhixinakax Utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores.

RUFER, Mario. 2012. Nación, diferencia, poscolonialismo. En: Mario Rufer (Coordinador). 2012. Nación y diferencia. Procesos de identificación y formaciones de otrasidades en contextos poscoloniales. Editorial Itaca. México.

WALSH, Catherine. 2006. Interculturalidad y (de)colonialidad: diferencia y nación de otro modo.